

IN MEMORIAM. JOSÉ ALMEIDA

El destino de José Almeida Corrales (Pepe Almeida, como ha sido siempre su nombre en todos los ámbitos donde se movió) quedó marcado desde el día de su nacimiento: en Salamanca el 1 de mayo de 1931, “día del trabajo”. Como es bien sabido, Pepe falleció el pasado 3 de enero, en plena actividad, trabajando hasta el último momento, en aquella afición que tuvo desde la niñez, dibujando y pintando.

Como él reconoció, nació en el seno de una familia modesta: uno de sus abuelos era carpintero y el otro cantero. Aprendió las primeras letras e hizo sus primeros dibujos en Gomecello, donde se había trasladado la familia por el trabajo del padre.

Desde muy niño ya demostraba afición y habilidad para el dibujo. Casi antes de hablar ya se expresaba con dibujos. El arte fue una vocación que tuvo durante toda su vida, pero que no desarrolló plenamente hasta después de su jubilación. Supo, y muy bien, llevar su jubilación.

Esa facilidad para el dibujo estuvo siempre ligada a las decisiones de su futuro. Lo primero que pensó fue hacerse arquitecto, aunque finalmente hizo medicina y, en ella, ejerció como traumatólogo, especialidad en la que se necesita, con mucha frecuencia, la habilidad del dibujo para hacerse entender, para explicar la forma y la función de la parte anatómica que se está tratando. Un buen dibujo es el complemento ideal de una buena explicación. En Almeida se comprende perfectamente la evolución a profesor de Anatomía.

A los 13 años dibujó las fábricas de Béjar, lo que de alguna manera le indujo a estudiar Arquitectura. Preparó unas oposiciones para Contadores de Hacienda con la idea de irse a Madrid para poder estudiar Arquitectura, pero le suspendieron en el segundo ejercicio. Pasados los años, Almeida celebraba este suspenso porque, según sospechaba, de haber aprobado nunca hubiera sido médico y, tal vez, tampoco arquitecto. Su idea de ser arquitecto se truncó.

Entre 1950 y 1956 estudió Medicina en Salamanca. Pronto, dada su afición y

habilidad para el dibujo, se entusiasmó con la anatomía, la morfología del cuerpo humano y sobre todo por la anatomía y cirugía del aparato locomotor. Como él dijo, se consideró un arquitecto del cuerpo humano. Veía la correlación entre la arquitectura y la anatomía por la relación entre la forma y la función que existe tanto en la arquitectura como en la anatomía humana. Con la carrera de Medicina vió sus tres aficiones muy unidas: arquitectura, traumatología y dibujo.

Fiel a ese primer impulso vocacional de la mayoría de los estudiantes de Medicina, ejerció como Médico de Cabecera -ahora Médico de Atención Primaria, o Médico de Familia-. Fue en Alcuéscar (Extremadura), durante un periodo relativamente corto, dos años más o menos, pero donde sin duda dejó huella, porque el municipio puso su nombre a una calle. Pepe dijo, años más tarde, que prefería ser un médico bueno, antes que un buen médico. Estoy seguro que allí, en ese municipio, consiguió las dos cosas, que, además, mantuvo durante toda su vida profesional.

Por cierto, cercana a Alcuéscar está la ermita visigótica de Santa Lucía del Trampal, que Pepe pintó al óleo.

En Alcuéscar encontró a Charo, su mujer, su compañera para toda la vida, madre de sus 8 hijos, que siempre supo darle apoyo en los momentos difíciles, según sus palabras. Lo primero para Almeida fue la familia. Él lo reconoció muchas veces a lo largo de su vida profesional. Tuvo ocho hijos y catorce nietos, que fueron uno de los pilares de su vida. En algún momento dijo que le daba la sensación de que no se merecía la familia que tenía.

En 1960 se trasladó a Madrid para formarse en Cirugía Ortopédica y Traumatología con el profesor Hernández-Ros, del que Almeida dijo que fue como un padre. Pero también aprendió traumatología en Salamanca con el Dr. Miguel Ferrer, quien, además, lo envenenó para el arte.

Su Tesis doctoral, realizada bajo la dirección del profesor Genis, en 1965, sobre un tema de anatomía, mereció el Premio Extraordinario del Doctorado y el Premio de

investigación Guillermo Arce, convocado por la Sociedad Astur-Castellano-Leonesa de Pediatría.

Almeida fue un ejemplo de los que sufrieron los daños colaterales inevitables en la etapa de Transición, como consecuencia de la reordenación de la administración pública, de las incompatibilidades y, en algunos momentos, de la falta de entendimiento entre las administraciones de Educación y de Sanidad.

En 1977 ganó, por concurso de méritos, la plaza de Jefe de Sección de Cirugía Ortopédica y Traumatología del Hospital Clínico Universitario de Salamanca y un año después, en 1978, por concurso oposición, la plaza de Profesor Adjunto de Anatomía. Profesor Adjunto era lo que hoy se conoce como Profesor Titular. Plaza asistencial y plaza docente fueron declaradas incompatibles, por ser de diferente área de conocimiento.

En 1984, también mediante concurso oposición, obtuvo la de Profesor Titular, ahora sí, de Cirugía Ortopédica y Traumatología, pero sin plaza asistencial. Esta descoordinación le obligaba a ser un profesor de pizarra, como él decía, ya que no tenía oportunidad de explicar a los alumnos frente a los pacientes.

Entre 1981 y 1995, disputó con la administración sanitaria, incluso en los tribunales su situación administrativa y, aunque ganó los litigios, si bien no a plena satisfacción, decidió jubilarse tanto de su labor asistencial como de la docente.

La actividad como profesor le gustaba y sentía gran satisfacción cuando algún antiguo alumno lo reconocía por los esquemas y dibujos que realizaba en la pizarra.

La mayor parte de su labor asistencial estuvo ligada al Hospital de la Santísima Trinidad, donde fue Jefe del Servicio de Traumatología, Director Médico y patrono. Como él decía, el Hospital de la Santísima Trinidad fue su segunda casa.

Precisamente, su trabajo de investigación para ingresar en el Centro de Estudios Salmantinos, en el año 2016, versó sobre este hospital: El Hospital de la Santísima Trinidad. Sus orígenes, evolución histórica y desarrollo.

Durante 40 años -pocos en el Hospital Clínico Universitario, pero sobre todo en el

Hospital de la Santísima Trinidad-, ejerció su vida profesional con responsabilidad y sentido común por encima de todo. Trató a los pacientes con humanidad, comprendiéndolos no solamente como enfermos, sino también como personas. Cumplió lo que antes señalamos: fue un “buen médico bueno”.

El final del siglo XX y el principio del XXI marcaron la transición entre sus raíces, que fueron la Medicina, y sus alas, que fueron el arte -en palabras suyas.

En una entrevista que le hicieron en 2008 para la revista del Colegio de Médicos de Salamanca, afirmó que siempre tuvo una inclinación por las Bellas Artes, que eran una vocación oculta o una frustración y que tenía claro que en su jubilación se dedicaría a las artes plásticas.

Con el actual siglo comenzó esta otra vocación, que no estaba completamente dormida, sino simplemente un poco aletargada. En primer lugar, en la Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy y, definitivamente, entre 2002 y 2007, en la Facultad de Bellas Artes de la USAL, donde consiguió la titulación universitaria, que no necesitaba, pero, sobre todo, los complementos que le faltaban para que hoy podamos decir que Pepe Almeida fue un verdadero artista (aunque en la citada entrevista aseguraba que era un aficionado al arte, ya que el artista nace, pero no se hace). Podemos asegurar que Pepe rejuveneció con el dibujo, con la pintura y con el arte en general.

En esos años en la Facultad de Bellas Artes, sus compañeros supondrían que sería uno de los profesores, pero, con seguridad, Pepe les diría, con orgullo, “yo también soy alumno en esta Facultad”. Pepe confesó años después que aprendió mucho de sus compañeros; le contagiaron su vitalidad, según reconoce, algo desgastada por los años y los avatares sufridos. También aprendió de ellos sinceridad, altruismo y compañerismo. Admitía que aprendió más de sus compañeros que de las lecciones magistrales de los profesores.

Pepe Almeida reconoció que tuvo la fortuna de encontrar como profesor de Dibujo a Fernando Segovia, quien le animó mucho y le dirigió su Proyecto Fin de carrera, que fue el

boceto del libro Salamanca Monumental, que, por el momento, ha precisado de dos ediciones para satisfacer la demanda.

En el prólogo de la segunda edición de esa obra afirma que como más a gusto se sentía era dibujando. Confiesa que se identificaba más con los dibujos en líneas de trazo rápido y seguro que con los que se auxiliaba con el color. Decía: “disfruto dibujando y sufro pintando; me cuesta encontrar el color”. Se encontraba satisfecho con el dibujo seguro de un anatomista consagrado.

Desde agosto de 2009 hasta poco antes de fallecer, colaboró con la revista Salamanca Médica del Colegio de Médicos en la sección «El Desván del Arte», donde hacía un recorrido gráfico-literario de la Salamanca, románica, gótica, barroca, etc. En estos trabajos publicados en la revista dibuja con la meticulosidad de un anatomista consagrado perfiles, bóvedas, arcos, capiteles, etc, etc., de prácticamente todos los edificios catalogados como monumentos de nuestra Salamanca y de otros que no lo son. Estos trabajos formaron la mayor parte del libro Salamanca Monumental, que Pepe define “como el libro donde plasma sus impresiones sobre los monumentos de Salamanca según su tipología y glosa su percepción a través del lenguaje personal”. Un libro imprescindible para conocer la Salamanca artística y monumental de hoy.

Almeida fue Colegiado de Honor y Medalla de Oro del Colegio de Médicos de Salamanca en el año 2016.

En el 2017, el Casino de Salamanca acogió una exposición antológica de la obra de Almeida, que recogía dibujos, acuarelas y pinturas y que constituyó un verdadero éxito de crítica y asistencia.

Puedo asegurar, porque lo he vivido personalmente, que Pepe ponía el alma en cualquier empresa con la que se comprometía, independientemente de las dos principales aquí citadas, la Medicina y el Arte.

Pepe Almeida nos ha dejado recuerdos difíciles de olvidar: su biblioteca, que donó en vida y se encuentra en ese rincón que lleva su nombre en la Biblioteca de la Facultad de

Medicina; sus recorridos artísticos por Salamanca plasmados en el libro mencionado anteriormene, imprescindible en cualquier biblioteca, Salamanca Monumental; también su investigación sobre el hospital de la Santísima Trinidad, sus dibujos y pinturas, aunque estas últimas él no las ponderara. Pero, por encima de todo eso, nos ha dejado el recuerdo de su amabilidad y de saber estar en cualquier ambiente y situación.

Pablo de Unamuno

Salamanca, 23 de octubre de 2019